

bación, dejando adivinar en su sonrisita sarcástica todo el placer que hubiese tenido en estrangular á su interlocutor.

—Y bien, mi querido compañero, hablaremos en otro sitio de vuestras comunidades. ¡Me parece que no es éste lugar á propósito! *Non est his locus.* ¡Hasta la vista!

—Hasta la vista, mi querido ministro—respondió Picherau, esforzándose por aparecer amable.

Vaudrey se llevó del brazo á Lissac, murmurando á la par que sonreía burlescamente:

—¡Vaya, vaya..... con el cuáker! ¡Ha entregado la cartera de Gobernación, pero se ha quedado con el llavín del escenario!

—Parece—respondió Guy, que esta puertecilla de comunicación es el consuelo de los caídos. ¡Los ojos azules de María Launay son siempre una medicina agradable!

—¿Si tendría razón el famoso Molina? ¿Si para los ministros la dimisión sería el golpe en la rodilla de que antes me hablaba?—dijo Vaudrey alegremente.

Y se reía con buen humor al recordar la actitud irritada, humilde, desconfiada y embarazosa de aquel doctrinario de Picherau que iba á consolarse al saloncillo de las bailarinas, en tanto que

sus cinco ó seis hijas leían honestamente novelas inglesas y hacían música, en su casa, dirigidas por su institutriz, vieja estirada que no se quitaba jamás las gafas verdes.

—¡Bah!—añadió Vaudrey con la misma alegría, no es caer mal caer en brazos de las bailarinas.

II.

La señora de Marsy estaba esperando que Guy de Lissac volviese del escenario. Desde que viera á Vaudrey allí, delante de ella sentía una comezón terrible de conquistarlo para sus reuniones, para sus salones, que acababan de abrir sus puertas. La señora de Marsy sentíase picada de esa tarántula que da á la vida moderna el movimiento de una persona atacada del baile de San Víctor. Viuda, rica, joven todavía, muy halagada, empeñábase en figurar en sociedad por pasatiempo. Era una de esas mujeres que constantemente parecen estar expuestas ante las cuartillas de los noticieros como ante el objetivo de una máquina fotográfica. De la verdadera intimidad de su vida en realidad nadie sabía gran cosa. Pero el color de

sus cabellos, el color de sus ojos, el corte de sus trajes, el nombre de sus modistas, el *menú* de sus comidas, el programa de sus conciertos, la lista de sus convidados, los frequentadores de sus salones, las señas de su hotel, todo esto lo sabía todo el mundo, y Sabina Marsy era diariamente traída á colación por los cronistas que la retrataban, la vestían y la desnudaban viva, en casi todos sus artículos.

Murmurábase en voz baja más bien que se relataba en público una porción de anécdotas románticas á propósito de Sabina Marsy. Decíase que antes de enviudar había dado mala vida á su marido Felipe Marsy, autor del cuadro *La Caridad*, que era admirado en el Luxemburgo, entre una ninfa de Henner y un retrato de mujer firmado por Carlos Durán. Bonita, de carácter independiente, bastante rica después de haber vendido el lujoso estudio de Felipe Marsy, los objetos del cual habían sido disputados en la subasta por los aficionados á la pintura que pagaron sumas fabulosas por cada uno de aquéllos, Sabina, una vez transcurrido el tiempo de luto, abrió sus salones.

Allí estaba sola, rodeada de sus amigos, sin excitar celos entre sus adoradores, cuyos homenajes recibía con una perfecta regularidad de humor,

como si estuviese cansada y deseosa de tener una corte, pero no un favorito. Era madre de un muchacho que crecía allá en el colegio; pero casi nunca se veía en el hotel del *boulevard* Malesherbes, á aquel adolescente, pálido y endeble, que, vestido con su uniforme de colegial, subía furtivamente la escalera de casa de su madre, le hacía una visita como si fuese una extraña y se escapaba en seguida, reuniéndose en la esquina de la calle con una anciana que lo estaba esperando, que cogiéndolo del brazo se le llevaba apresuradamente y que era la madre del pintor Marsy.

La abuela educaba al nieto, es decir, ella, y un buen muchacho llamado Francisco Charrière, un escultor que según decía habíase estropeado su vida desde el punto de vista artístico, pero que ganaba dinero trabajando para los fabricantes de la calle de San Luis. Charrière servía de tutor y de maestro al hijo de su antiguo compañero Marsy. Era una promesa hecha al amigo querido en su lecho de muerte.

Ya en París nadie se acordaba de la vida ni de la muerte de Felipe Marsy. Todos esos recuerdos se apagaron más tarde ó más temprano entre el estruendo continuo de la vida parisiense. En torno del nombre de Sabina no quedaba más que una

especie de murmullo halagador impregnado de recuerdos misteriosos, y el atractivo especial de una ama de casa que da á sus salones ese encanto particular y ese perfume propio de una agradable hospitalidad. Asistíase á ellos de frac y corbata blanca, pero reinaba siempre allí una confianza extraordinaria.

Hacia poco tiempo que se hablaba de aquellas agradables reuniones de confianza dadas por Sabina Marsy, sitio donde se daba cita la gente de buen tono y donde se encontraba á todo el mundo como en los corredores de un teatro en noche de estreno, ó como en la acera del boulevard; unas reuniones muy concurridas que hacían la competencia á las casi oficiales y muy consideradas de la señora de Evan, ó á las reuniones más tranquilas, serias y un tanto puritanas de la aristocrática colonia alsaciana.

Había necesitado Sabina mucho tacto, mucha fuerza de voluntad, mucha persistencia en sus deseos para realizar aquella tarea más difícil para ella que para cualquiera otra, porque no tenía relaciones entre la gente política y los altos funcionarios. Sus relaciones estaban casi completamente entre los artistas. Pero algunos pintores afamados y á la moda habían presentado en su casa á al-

gunos atenienses de la política, aficionados al arte, gente de trato exquisito y de amena conversación, que declaraban, como Vaudrey, que la República sólo podría subsistir con el auxilio de las mujeres, que las mujeres habían creado el partido orleanista; y esos políticos elegantes y discretos pusieron de moda los salones que la señora de Marsy abría tan hospitalariamente.

Es verdad que en París es cosa fácil tener buenas reuniones siempre que se hallen complementadas por una buena cocina. Algunas tarjetas satinadas, litografiadas por Stern y puestas en el correo con sobres dirigidos á personas de viso, atraen con una facilidad que desconcierta, una nube de visitantes que revolotean alrededor de un *buffet* bien servido como las moscas en torno de un panal de miel.

París es un pueblo de convidados.

Y además ¡la señora de Marsy era tan encantadora! Andaba siempre á caza de toda reputación nueva como el cazador en pos de la res que quiere matar. Leía, como quien cumple un deber, las disposiciones del *Periódico oficial* y la reseña de las sesiones parlamentarias para adivinar en el orador de hoy al ministro de mañana. Informábase por adelantado del pintor ó del escul-

tor que iba á ser agraciado con la medalla de Honor en la Exposición, á fin de ser la primera en invitarlo á los salones y hacer ver que lo había descubierto y adivinado. En punto á literatura protegía la escena moderna y la amaba por el ruido que hacía. Acariciaba el propósito de dar á sus reuniones cierto carácter literario á la par que cierto color político: artistas y hombres de Estado confundidos.

Llevaba algunos días organizando una velada en la cual pensaba dar á sus amigos una verdadera sorpresa. Habíanle hablado de las representaciones japonesas que se daban en otras casas y estaba empeñada en dar á todo trance una velada exótica. La casualidad hacía que precisamente un amigo de Guy de Lissac, el Sr. D. José de Rosas, un opulento aristócrata que había conoído en otros tiempos, acabara de llegar á París después de un viaje alrededor del mundo. ¡Qué buena suerte! Si el señor de Rosas accedía á ello, Sabina podría anunciar á sus amigos una *soirée* llena de atractivos; el relato del viaje de un hombre como el señor de Rosas era un verdadero primor.

—La Condesa de Harville da *matinées* literarias, decía Sabina febrilmente; la señora de

Evans da en su casa lecturas de poemas y tragedias. Pues yo tendré también quien lea y quien dé conferencias puesto que ésa es la moda.

Y como si la mujer quiere que uno se tire por un tajo no hay más remedio que pedir á Dios que sea bajo, el señor de Rosas se decidió, accediendo también á las instancias de Guy de Lissac, á relatar á un público parisiense sus aventuras de viajero atrevidísimo y caprichoso. Ya habían circulado las invitaciones.

La señora de Marsy había obtenido de tres Ministros la promesa de que asistirían á la función, y así lo anunció á sus amigos. Había conseguido —¡oh triunfo inesperado!— hasta que asistiese el señor Picherau, ese puritano protestante de quien hablaban mucho los periódicos todos los días; y hete aquí que bruscamente, estúpidamente surgía una crisis ministerial cuando menos se pensaba, una crisis por todos conceptos inútil é inoportuna. Granet interpeló al Ministerio Picherau para ser Ministro y Picherau caía sin que Granet lograra ocupar su puesto. De prisa y corriendo se formó un Gabinete Collard con Sulpicio Vaudrey en Gobernación para sustituir á Picherau.

¡Y con éste cayeron todos los Ministros que tenían prometido asistir á la reunión de la de Marsy!

29833
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Ese es un Gobierno de monigotes!—exclamaba Sabina furiosa.

—¡Un Ministerio de figuras de cartón!—respondía Guy de Lissac.

¡La viuda de Marsy se hallaba consternada! ¡Ese pícaro de Granet! ¡Podía haber esperado ocho días más para hacer la dichosa interpelación! ¡No debía haber caído el Ministerio hasta después de su *soirée*! ¡Vaya una prisa que tenía Granet por ser Ministro! ¡Ah, no se había ella equivocado nunca al juzgarlo! ¡Un ambicioso vulgar! ¡Triunfaba, ó más bien creía triunfar, y en cambio ella se veía ahora de repente sin ningún Ministro que presentar á sus convidados! ¡No se lo perdonaría jamás!

No conocía á ninguno de los Ministros nuevos. Una vez había hablado con el Presidente del Consejo, Collard; un abogado de Nantes que en un baile al pasar por su lado le rompió sin querer el encaje del vestido. Estuvo muy galante al presentarla sus excusas; pero aquello no era por cierto intimidad bastante para que la señora de Marsy le disparase á boca de jarro una invitación para sus salones.

Su amiga íntima, la bellísima señora de Gerson, que le ayudaba á hacer los honores de la casa

en tanto le llegaba á ella la vez de dar reuniones y de arrebatarse sus convidados, le repetía en vano que de todos modos Picherau no dejaría de asistir, puesto que lo había prometido y era un hombre formal, y de cuya palabra podía uno fiarse. Indudablemente le acompañarían sus amigos de Instrucción pública y Bellas Artes, pero la verdad es que Picherau ya no le importaba á Sabina. ¡Ex-Ministros! ¡Tendría cuantos quisiera! Pero no se trataba de eso, no quería que fuesen á llamar á sus salones el *Cuartel de Inválidos*, como llamaban á los de una rival suya. ¡No, no por cierto; no lo consentiría de ningún modo!

¡El muy majadero de Granet! ¡Venir así á dar en tierra con los planes de Sabina!

Y la viuda de Marsy, desde el palco donde la señora de Gerson mostraba su hermosa cabecita de morena al lado de la rubia belleza de Sabina, había escuchado fastidiada, triste y abatida los primeros actos de *La Africana*, en tanto que Gerson hablaba en voz baja con Guy de Lissac, quien compartía con él la hospitalidad del palco, cuando al final del segundo acto apareció en la platea proscenio de la Dirección el rostro sonriente y agradable de Sulpicio Vaudrey junto á los retorcidos bigotes de Granet.

—¡Toma!—dijo Lissac—¡Pues si está allí Vaudrey!.....

La viuda de Marsy, que lo había visto antes que él, dirigió los gemelos al nuevo ministro, cuya barba rubia, cuidadosamente peinada, aparecía elegante encima de su correctísima corbata blanca, y cuyo sedoso bigote retorciase un tanto sobre sus mejillas con cierto aire victorioso. Sabina veía la cabeza muy agradable del ministro agitarse en la penumbra de la platea y aparecer para mirar á la sala sobre el reborde del palco forrado de terciopelo grana, y veía en lo alto del cráneo de aquel hombre, de cuarenta años escasos y de aspecto muy joven, una ligera tonsura en medio de cabellos rubios aún abundantes por los lados.

—¡Ah!—dijo Sabina—¡yo creía que era moreno!

—No, no—dijo Lissac;—desde chico fué siempre muy rubio. ¡Lo recuerdo desde que estábamos juntos en el colegio!

La viuda de Marsy se volvió bruscamente hacia su amigo, como tocada por una chispa eléctrica, y mostró á Guy un busto encantador que sonreía sobre los hombros más hermosos del mundo.

—¿Cómo? ¿Conocéis tan íntimamente al ministro?

—¡Es imposible tener más intimidad!

—Pues entonces os pido un favor, mi querido Lissac ¡No, no os lo pido, os impongo una obligación!

La señora de Gerson sonreía con cierto airecillo burlón.

—Me figuro cuál—dijo.

—Y yo también—añadió Lissac.—¿Queréis que os presente al nuevo ministro de la Gobernación?..... ¡Vaya, tendréis algún candidato para Gobernador!

—No por cierto. Lo que tengo es necesidad de reemplazar á Picherau. ¡Ah! querido Lissac, mi querido Lissac, añadió con voz adorablemente dulce, cruzando con monadas de niña sus manitas enguantadas, como cuando una chiquilla pide un juguete, decidid al señor Vaudrey á aceptar la invitación que le haréis en nombre mío, y seréis un muchacho excelente, ¿oís Lissac? ¡un muchacho delicioso!

Guy, que ya se había puesto de pie, hizo de un capirotazo saltar ruidosamente la copa de su clac, y abrió la puerta del palco, diciendo á Sabina:

—¡Observad que no pongo ninguna condición á cambio de lo que me pedís!

La joven se echó á reír.

—¡Eso es muy discreto—dijo—porque os doy

mi palabra de honor de que en este momento las aceptaría todas!

—¡Selika es de hielo comparada con vos!—contestó Lissac, desapareciendo por la puerta entreabierta—Dentro de diez minutos os traigo á vuestro ministro.

Sabina esperaba con agitación verdaderamente nerviosa. El telón acababa de caer al final del tercer acto; la platea del director estaba desocupada; Guy, sin duda, se había reunido ya con Vaudrey; ni el ministro ni su amigo aparecían por ninguna parte. Llamaron á la puerta del palco. El señor Gerson, que fatigado como un hombre á quien abrumba el peso de las reuniones y los bailes, dormitaba en un rincón, se había levanto para abrir. Pero era un pintor, un amigo antiguo de Felipe Marsy, que iba á suplicar á Sabina que visitase su estudio para ver el cuadro que estaba preparando para la próxima Exposición. Sabina lo recibió lo mejor que pudo y le prometió su visita con aire indiferente y preocupado. La joven, impaciente, se daba golpecitos en la mano con el abanico, oyendo á la orquesta preludiar la introducción al cuarto acto.

¡Vamos! ¡Lissac no había sido afortunado sin duda!.....

De pronto, en el cuadro luminoso que formaba la puerta del palco abierta de par en par, apareció la elegante silueta de Guy, que desapareció en seguida para dar paso á un hombre de sonrisa amable, á quien miraban atentamente muchos espectadores que iban detrás de él, y el cual entró saludando cuando Lissac hubo dicho á Sabina:

—¡Permitidme que os presente al señor ministro de la Gobernación!

Sabina, resplandeciente de gozo, no había distinguido á nadie en el grupo de fracs negros de donde se destacó Sulpicio Vaudrey para entrar en el palco. ¡No veía más que á él!

Levantóse, retirando instintivamente su silla, y al entrar el ministro, Sabina á un lado y al otro los señores de Gerson, pusiéronse de pie y se inclinaron para saludarlo: Sabina victoriosa, la señora de Gerson curiosa y su marido halagado, aunque siempre medio dormido.

Vaudrey tomó asiento al lado de Sabina con la amable desenvoltura de un hombre que gusta de aparecer agrabable, y aquella visita hecha, á ruegos de un amigo, á una mujer hermosa, adulada, conocida, parecióle la consecuencia natural de aquel éxito de conquistador de nueva posición que lo halagaba hacía unos días.

Cándidamente y por instinto iba á todas partes donde había algún incienso que respirar; parecía estar nadando por aguas deliciosas; todo le halagaba; no hubiese querido tener que negar nada á nadie y se le antojaba la cosa más natural del mundo que una mujer á la moda, como lo era Sabina, quisiera felicitarle, así como él, sin conocerla, estaba deseoso de darle las gracias por sus felicitaciones. Las galanterías acudían á sus labios con la misma naturalidad que los cumplimientos le entraban por los oídos.

Sentíase también allí en una atmósfera de simpatía y admiración; aquellas dos mujeres jóvenes y bonitas que le sonreían con amable gratitud y aquella Sabina le parecían encantadoras, sobre todo cuando esta última con esa gracia exquisita de las parisienses, le dijo:

—No sé cómo agradecer á mi amigo el señor de Lissac que os haya decidido á venir á oír el ruego de una pretendiente.

—¿Una pretendiente, señora?—contestó el Ministro con un tono que parecía estar ya accediendo á la petición anunciada.

—¡Dios mío, señor Ministro, se trata de consentir en honrar con vuestra presencia una reunión de confianza, que esta vez será muy curiosa!

—¿Una reunión?—preguntó Vaudrey sin dejar de sonreír.

—¿No os ha dicho el señor de Lissac lo que esperaba de vos?

—Lissac y yo somos amigos demasiado buenos y demasiado antiguos para que él me privase del placer de oír de vuestros propios labios, señora, lo que puedo tener la fortuna de poder hacer en obsequio vuestro.

Sabina sonrió al oír aquella frase un tanto rebuscada, pero dicha con extraordinaria amabilidad y galantería.

¿Por qué decía la gente que Vaudrey era un provinciano bueno para amigo y malísimo para enemigo? Al contrario: ¡el señor Vaudrey era delicioso!

—Pues bien, señor Ministro; el señor de Rosas tiene la bondad de venir á mi casa el sábado próximo, á dar una conferencia familiar sobre su viaje al rededor del mundo. Y estoy segura que se alegrará mucho de contar entre sus oyentes.....

Sulpicio la interrumpió para cortar el cumplimiento que esperaba y que quiso evitar por aparecer modesto.

Conocía al señor de Rosas. Había leído, hechas por aquel aristócrata literario, varias traducciones

de poetas persas, editadas elegantemente, y de las cuales había sido tirado escaso número de ejemplares sólo para los amigos íntimos. Había tropezado con él en otro tiempo en las sesiones de cierta Asociación científica, y sabía que el señor de Rosas era un hombre ilustrado y agradabilísimo á quien tendría mucho gusto en volver á ver. Un héroe de novela, erudito como un benedictino. ¡Y muy agradable y de mucho talento! Algo así como un Cid Campeador que se hubiese hecho parisiense después de viajar por el Asia menor.

Esta semblanza de Rosas era muy ingeniosa, y Sabina iba aprobándola con un movimiento de cabeza á cada nuevo detalle, como si lo aplaudiera. Vaudrey sentía placer en hablar, en mostrarse ingenioso, en contestar con sonrisas á las sonrisas de sus interlocutoras. Veía por la abertura de aquel palco, donde se destacaban las siluetas de aquellas dos mujeres bellísimas, una rubia y otra morena, la inmensa sala del teatro, roja, luminosa, dorada, bronceada, llena de cabezas. Y de aquella muchedumbre elegantísima, de aquellos palcos donde aparecían escotes deliciosos de mujer, brazos cubiertos hasta el codo por los guantes, flores en los peinados, resplandores que se escapaban de las

facetas de los brillantes, pareciale, como poco antes, que arrancaban cierta embriaguez, cierto olor delicioso, perfume de mujer en la feliz irradiación de una luz de Sol naciente.

En el escenario, sirviendo de marco al baile donde danzaban, alumbrados por la luz eléctrica, las faldas cortas y ahuecadas y los pies de color de rosa que un momento antes había visto de cerca, resplandecían los brillantes cascos y las relucientes armas de coristas y comparsas. Un encanto extraordinario envolvía aquellos esplendores de teatro y el lujo de la ópera contemplado así desde el fondo de un palco, seguía pareciéndole el esplendor de una eterna apoteosis, algo así como una fiesta magnífica celebrada en honor de su entrada en el Ministerio.

Entonces, con la cándida franqueza de su alegría y satisfacción, sin darse tono, hablando con aquellas mujeres, con Guy, con Gerson, como si hablase consigo mismo, daba rienda suelta á sus alegrías, á sus proyectos, á sus ilusiones. Y á los parabienes que le dirigía Sabina, contestaba con la teoría del desinterés.

—Es decir, señor Ministro—contestó la viuda—que pensáis hacer grandes cosas.

Y él sonriendo, con la mirada vagando en la

contemplación de aquella decoración digna de las *Mil y una noches*, contestaba:

— En verdad, señora, no he aceptado la cartera más que como un deber y como un medio de hacer el bien. Quisiera ser justo y bueno. ¡ Quisiera sacar del fondo de la obscuridad á algún desconocido para colocarlo en primera fila y reparar las iniquidades de la suerte adversa!..... Si no hemos de hacer nada mejor que nuestros antecesores no vale la pena de haberlos derribado.

— ¡ Ah, diablos! — dijo Lissac, en tanto que la señora de Marsy aprobaba con la sonrisa y con el gesto; — tú y tus compañeros estáis en la luna de miel del Ministerio.

— Procuraremos hacerla durar mucho tiempo — contestó Sulpicio riendo. — Yo creo que en un Ministerio, lo mismo que en un matrimonio, la luna de miel no llega sino por culpa de los mismos esposos.

— ¡ Listo ha de ser quien sepa por qué vienen las lunas de hiel! — replicó Guy.

Involuntariamente el pensamiento de Vaudrey volaba hacia Adriana, hacia aquella mujer joven y bonita que era su esposa y que en aquel instante estaba esperándolo en las suntuosas habitaciones del Ministerio, donde acababan de instalarse, como si fueran las habitaciones de una fonda.

Tenía prisa por ir á reunirse con ella, por contarle todo lo que había hecho aquella noche, por decirselo todo, hasta su visita al escenario, y sin embargo permanecía allí sin atreverse á despedirse de la señora de Marsy, la cual por instinto adivinaba en la decadencia en que iba entrando la conversación, que deseaba marcharse.

— Espero el dúo de este acto, y me voy — dijo á Guy.

Vaudrey no dijo nada, pero esperó á que Sabina se levantase y se pusiera el abrigo, y le ofreció el brazo para llevarla hasta su carruaje.

La gente se agolpaba en los corredores para ver pasar al Ministro. En las escaleras y en los pasillos le saludaban muchos desconocidos y á Vaudrey le parecía verse rodeado de generales simpatías. Lissac iba detrás de él dando el brazo á la señora de Gerson, cuyo marido aburrido suspiraba, pensando en las horas de sueño que había perdido.

En medio del frío de una cruda noche de Enero, Sulpicio, envuelto en su abrigo de pieles, esperaba sin soltar el brazo de Sabina, la llegada del carruaje de la viuda, que se acercaba escoltado por otro coche: el del ministro.

Sulpicio miraba á la avenida de la Opera, llena de lucecillas vi vísimas, y á la claridad azulada de

aparato Jablockoff que la envuelve por completo, y hallaba allí algo de esa halagadora iluminación de apoteosis que un momento antes lo escoltaba en el escenario de la Opera.

¡Una especie de aureola expresamente hecha para él!

Vaudrey acompañó á Sabina hasta el estribo de su carruaje.

La viuda de Marsy le preguntó:

—¿Me hará la señora de Vaudrey el honor de acompañarnos? Mañana mismo me tomaré la libertad de ir á visitarla para suplicárselo.

El ministro saludó con aire complaciente.

Sabina le dió otra vez las gracias, dirigiéndole una encantadora sonrisa. Su diminuta mano enguantada levantó el cristal de la ventanilla, y el carruaje, cuyos caballos piafaban impacientes, se puso en marcha.

—¡Adios!—dijo Lissac á Vaudrey.

—¿No quieres que te lleve en coche?

—Gracias; estoy á dos pasos de la calle de Anmale.

Vaudrey se volvió á la señora de Gerson, que se inclinaba, en tanto que su marido saludaba humildemente.

—¿Queréis que os deje en vuestra casa?

—Mil gracias, señor ministro; pero tenemos aquí el carruaje.

—Adios, chico—dijo Vaudrey á Lissac;—y ven á almorzar conmigo.

—¡Con mucho gusto!

—¡Al ministerio!—gritó Sulpicio al cochero, subiendo á su carruaje.

Y se extendió en el asiento con profunda voluptuosidad, como si experimentase imperiosa necesidad de estar solo. Todas las imágenes de aquella velada le danzaban en la cabeza. Aun llevaba en la nariz el turbador perfume del saloncillo de baile, y en la imaginación el recuerdo de los incendiarios ojos de aquella bailarina. Y las miradas, los saludos, las sonrisas de mujer; la voz acariciadora de Sabina; los blanquísimos dientes de la señora de Gerson; y este vocablo alegre, claro como un toque de clarín, entusiástico como una marcha triunfal: *¡Llegado!* Todos esos recuerdos acudían á su mente en tropel.

—¡Sí, has llegado!—se decía, repitiendo las palabras de Guy.

¡Llegado! ¡Y era verdad!

¡Ministro! ¡Parecía imposible! ¡Mandaba en todo ese mundo de agentes y funcionarios altos y bajos! ¡Movía él solo toda la maquinaria administra-

tiva! ¡El, el abogadillo de Grenoble que diez años antes apenas si soñaba con ser, cuando más, una gloria de la provincia de Isere!

Toda aquella gente que veía en la penumbra de los iluminados boulevares comprando periódicos, iban á leer su nombre y el relato de sus más pequeños hechos y de sus gestos más insignificantes!

«El Sr. Vaudrey se ha instalado definitivamente en el palacio de la Plaza Beauvau.»—«El Sr. Vaudrey ha recibido esta mañana á los jefes de sección y á todo el personal de su ministerio.»—«El Sr. Vaudrey, ayudado por el Subsecretario de Gobernación, Sr. Jacquier, estudia activamente una próxima combinación de Gobernadores.»—«El Sr. Vaudrey proyecta importantes reformas.»—«El Sr. Vaudrey.....» ¡En todas partes, en todos los periódicos lo mismo: ¡El Sr. Vaudrey! ¡El señor ministro de la Gobernación! ¡El! ¡su nombre! ¡sus palabras! ¡sus proyectos! ¡sus actos!

¡Llegado! Sí, eso es; ¡había llegado!

Jamás, aun en los momentos de acariciar las ilusiones más enloquecedoras, había llegado á soñar una carrera tan rápida, un brillar tan grande de esa estrella que á veces buscaba en el fondo del cielo con supersticiones de ambicioso! ¡Había llegado! ¡había llegado!

¡Ahora, ahora verían su valer! Ciertamente que antes del instante actual, allá en su pueblo, en sus discursos en el foro y luego cuando la guerra y durante el período electoral de 1871, y especialmente después, en Versalles, durante las apasionadas campañas políticas, en la tribuna del Parlamento ó en las comisiones y subcomisiones parlamentarias, había hecho sus pruebas, mostrado sus condiciones de orador notable y de estadista; pero la piedra de toque de los hombres es el poder. Fuera ya de la semiobscuridad en que vivía, á la luz del sol que se levantaba, iba por fin á demostrar lo que era y lo que podía. ¡Poder! ¡mandar! ¡crear! ¡comunicar su pensamiento á toda una nación! ¡Haber llegado! ¡Llegado! ¡Llegado! ¡Los mejores sueños de Sulpicio veíanse realizados!

Y en tanto que su coche de ministro lo llevaba al galope de sus caballos hacia la Plaza Beauvau, Sabina, envuelta en su elegante abrigo, se decía perfectamente indiferente por el hombre, pero entusiasmada por haber conquistado al ministro para sus salones:

—¡Es un cándido ese Vaudrey; pero muy agradable y muy simpático!

La verja de la Plaza Beauvau se abrió para que pasase el carruaje del señor ministro. La arena

crujió bajo las ruedas del coche, y éste se detuvo á la izquierda, al pié de la escalinata que conducía á las habitaciones particulares de su excelencia.

Sulpicio se apeó. La puerta de entrada se abrió sin que él tuviera necesidad de llamar. Dos criados de frac y corbata blanca esperaban en la antesala la llegada del señor ministro.

Sulpicio subió rápidamente la anchurosa escalera de piedra que conducía á sus habitaciones; dejó en la antesala el abrigo en manos de un ayuda de cámara, y entró gozoso en un saloncito, en el cual, bajo la pantalla de una lámpara elegante, la señora de Vaudrey, lo esperaba leyendo; y al verle, dirigióse hácia él aquella preciosa cabecita, fresca, joven, sonrosada, con ojos azules; al ver aquella mujer que le sonreía, al oír aquella dulcísima voz un poco tímida que le preguntaba con cierto acento de inquietud: «¿Qué tal?» cogió entre sus dos manos amorosas aquella frente tersa y blanca, y depositó en ella un largo beso apasionado y algo calenturiento.

—¡Pues me he divertido mucho, queridísima Adriana! Toda esta simpatía que me rodea, toda esta gozosa impresión que parece haber producido el nuevo ministerio, hasta el gesto de Picherau, á quien me he encontrado, todo eso me divierte, me

agrada y me da miedo también. ¡Ministro! ¿No sabes en lo que pienso ahora que ya he llegado?

—¿En qué piensas?—dijo la joven, con las manos cruzadas y fijando una mirada dulce y confiada en los febriles ojos de Sulpicio.

—¿En qué?..... Me digo que no basta ser ministro, sino que es necesario ser un gran ministro! ¿Oyes, Adriana? ¡Un gran ministro!

Y había cogido las manos de Adriana entre las suyas, y la joven envolvía en una mirada de apasionada admiración á aquel muchacho delirante de esperanza que le decía: «¡Quiero ser un grande hombre!»

No soñaba ella con toda esa gloria cuando en otro tiempo sentía temblar en su mano los dedos de su prometido, y cuando Sulpicio, sólo él, murmuraba al oído el mismo pensamiento sintetizado por estas palabras que le henchían el corazón de gozo:

—¡Te amo, Adriana mía! ¡Te amo, y te amaré siempre! ¡siempre!

III.

Sulpicio Vaudrey se había casado con Adriana por amor. Ella le llevaba á su salida del convento